

LA CIVILIZACIÓN

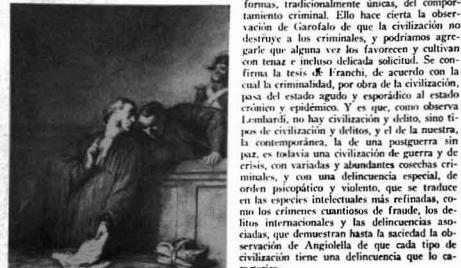
y el

Por Mariano RUÍZ-FUNES
Catedrático de Criminología de la UNAM

La civilización ha sido definida por Romanos como el perfeccionamiento económico, moral y político de un pueblo.

Sin embargo, este perfeccionamiento no tiene un color favorable en el delito, en el sentido de disminuirlo. Como ha observado Nicotro, con la civilización el delito no muere, sino que se transforma. Es cierto que con la civilización se elevan los niveles de la densidad moral, pero la constante tensión de la densidad moral, pero la constante tensión de los delitos no se altera, quizá porque, como notó Durkheim, constituyen un fenómeno de normalidad social. Nicotro ha afirmado que la criminalidad en la civilización no sólo lleva consigo bien que el aumento de la criminalidad, sino también los que tienden a disminuirla y a prevenirla. Interpretando adecuadamente estos justos conceptos, podríamos concluir que el valor criminal-representante de la civilización está en que por sus mayores progresos puede conocerse a fondo el delito. Mucho más si se recuerda la exacta imagen de Tarde, según la cual la civilización es cosa de esas máquinas que después de haber producido humos y detritus, los absorben.

Después de estas observaciones generales, nos es dudo afirmar las influencias de diversa clase, y en ocasiones contradictorias, que la civilización ejerce sobre la criminalidad. Nicotro afirmó que con la civilización la intensidad se reduce a la extensión del delito, es decir, la intensidad lo hace más importante y más grave. Al estudiar el maestro italiano las transformaciones del delito en la sociedad moderna, comienza de un siglo con el nuestro, tan fecundo en dramáticas perturbaciones, se permitió enunciar cuatro leyes: a) el tránsito de la violencia al fraude; b) el de la criminalidad adulta a la infantil; c) el de la delincuencia masculina a la femenina; y d) el de los delitos artificiales a los naturales. En medio siglo aproximado subsisten algunas de estas observaciones y han perecido otras. La delincuencia infantil ha crecido en número y calidad; la delincuencia adulta se ha hecho cada día más precoz, invadiendo las primeras edades de la vida. El aumento de la delincuencia femenina ha permanecido constante, y las conductas de esta clase se han vuelto prematuras. Los delitos artificiales han recobrado un auge tan frondoso como en los días más tiránicos de la antigüedad. Ha conservado gran fuerza el fraude, pero no a expensas de la violencia. La criminalidad natural se ha visto acrecida por los delitos comunes de móvil más o menos pueril, sobre la vida de la familia, para poder disfrutar tanto como el fraude en la insensata multiplicación de las conductas criminales, que



DELITO



Civiles violentos y fraudulentos

han devaluado conjuntamente la vida y la dignidad del hombre. Todo ello ha hecho ver la idea de Nicotro de que el delito no muere,

sino que se transforma.

Ferrero habló ya de civilizaciones violentas y fraudulentas. Si quisiéramos caracterizar la nuestra, diríamos, y no precisamente en elogio de ella, que ha logrado la síntesis de esas dos formas, tradicionalmente únicas, del comportamiento criminal. Ello hace cierta la observación de Garofalo de que la civilización no destruye a los criminales, y podríamos agregarle que alguna vez los favorece y cultivan con tenaz e incluso delicada solicitud. Se confirma la tesis de Franchi, de acuerdo con la cual la criminalidad, por obra de la civilización, pasa del estado agudo y esporádico al estado crónico y epidémico. Y es que, como observó Lombroso, no hay civilización y delito, sino tipos de civilización y delitos, y el de la nuestra, la contemporánea, la de una posguerra sin tregua, es tal vez una civilización de guerra y de crisis, con variadas y abundantes cosechas criminales, y con una delincuencia especial, de orden psicopático y violento, que se traduce en los crímenes cuantiosos de fraude, los delitos internacionales y las delincuencias asociadas, que demuestran hasta la saciedad la observación de Angioliello de que cada tipo de civilización tiene una delincuencia que lo caracteriza.

Ferrero y Sighele primero, y después Ferris, hicieron una división de la criminalidad en atávica y evolutiva, y Maxwell en retrógrada y antirrógrada. Ambas divisiones tienen en cuenta el tipo de civilización. En relación con ese tipo, había delitos que respondían perfectamente a sus inspiraciones, otros que parecían surgir de algunos tipos de civilización futura para atenuarse a la clasificación de Maxwell. En cuanto a la delincuencia atávica, que no es sólo la de fuerza muscular, sino también la del motivo antisocial, puede afirmarse que atraviesa una fase singularmente próspera. A la evolutiva, fraudulenta o de móviles sociales, y la evolutiva con hechos atávicos o la atávica con procedimientos evolutivos, les ocurre lo mismo. No se ha modificado la delincuencia, si bien se han transformado los métodos de ejecución, como observaba Vervaeke, única conquista que cabe esperar del progreso en esta materia. Sin embargo, sería exceso de pesimismo encerrar el panorama social dentro de límites tan estrechos y sombríos. Ninguna época ha destruido tan tenaz y abundantemente al hombre; pero en ninguna otra han resonado voces tan elevadas, tan múltiples y de acento tan generoso y patético en defensa del respeto a la persona humana.

Y Lombroso habló en su tiempo de dos formas de criminalidad que abren y cierran la vida del hombre: la criminalidad de la audacia juvenil y la de la astucia senil. Quizá la filosofía postule alguna vez también en el orden social, y una civilización que comenzó con la audacia encuentre en la astucia los es-

teriores que anuncian su transformación en un sentido ascensional, y quizá después de las últimas presentes alumbre a la humanidad un día nuevo.

Expresiones de la civilización son la política de diversa influencia en la criminalidad, que a la vez da lugar a una forma de ella elevada y generosa por los móviles que la inspiran, artificio creado por la ley de hoy, que puede anticipar la vida normal de mañana. Nada tiene esto que ver con los delincuentes comunes que invocan la política como excusa de sus crímenes tiránicos o la utilizan como medio de proteger o facilitar sus delitos naturales.

Existen también una unidad sobre la acción criminológica derivada de la mala organización de la pena o de su fracaso, causa directa y principal de la reincidencia o estímulo poderoso para profesionalizar al delincuente, o decir, sin posibilidades de retorno, su avance fatal, con pasadas mayores o menores, en la carrera del crimen.

Asimismo hay acuerdo, desde las justas observaciones de Garofalo sobre este tema, respecto al carácter criminológico de ciertas instituciones jurídico-penales mal implantadas y mal aplicadas y de cierta justicia que, en vez de mirar a los abusos del crimen, para conseguir a los delincuentes para curarlos, prefere colocarse una venda sobre los ojos o, lo que es igualmente grave, otorgar a la inteligencia unas vacaciones sin término visible.

El poco intachable, como desahocarse el último col de chalcón para que, por contraste, respaldase más el empuje.

En fin: ceso de mencionar detalles que concierne mejor que yo, pues mis conocimientos tipográficos son iguales a cero. Con decirte que el término *crón*, de la página 30, me obligó a una consulta de diccionario, quedé satisfecho por mi ignorancia para el *metier* de tipografía, que, como el de los juglares, se realiza para lucimiento del mundo.

No quiero dejar de felicitar por el prócer alito con que están investidas las páginas de mayor intensidad narrativa. Me refiero a las tácticas maravillosas de capítulos como *Pausa de la lluvia, del quinqué y de las plazas*, que son como los silencios alternos del rumor de tu pluma, como los Padrenuestros de tu rosario de Aves. No había vuelto a ver este tipo de imprenta tan bien empleado, tan elegantemente distribuido; las idéas son ya, en sí mismas, una invitación al recogimiento de la lectura, equivalentes a alfombras ópticas por donde leemos más despacio y nos deslizamos con atenciones afinadas, como con tacones de goma, para que nada turbe el sosiego y la concentración de la mente.

Y aquí es donde aliento la justicia del prólogo —que para mí resultó más procreo de lo deseable— al afirmar que tu libro tiene "estrípe asombrada, todo matiz, confidencia y tono mudo". Matices, confidencias y tonos que sólo pueden ser alcanzados por escritores que hayan domesticado los potenciales salvajes de la vebencia, que hayan saturado sus ojos con praderas enteras de renglones escritos, que tengan, sobre la turbamula de las prisas urbanas, el digno, el valoroso poder de la lentitud del trabajo expresivo, ese ritmo como en arco de 90 grados por donde se dispara la flecha que va a dar al estile.

* * *

Con fragmentos tuyos y de Azorín —el Azorín de Los Nubes— podríamos construir un moderno diálogo bello. Míralo si no: *Azorín: Las nubes son la imagen del Tiempo.*

Antonio: La lluvia no tiene prisa por llegar. Azorín: Urjiste que las nubes son ideas que el viento ha condensado.

Antonio: Ellogismos sin repulso la sabiduría de la lluvia para practicar las normas esenciales —condensación, cortés— a una armoniosa coherencia humana.

Y así, mientras Azorín se dispersa a la idea, tú vas al alito, que es resultado de la idea; te vas a la lluvia, que es la concreción del amor y su desprendimiento.

Pero no sólo es la lluvia, sino el quinqué y las plazas, que han sido a la provincia lo que la conversación a la amistad: confidencia y solaz.

Cierto estas *Pausas* y me voy libro adentro, goloso de olfatos. Barres entones como una escuela mis rincones de polvo, donde ya en los letrados de los recuerdos me encuentro, pues ya sabes que la provincia es la misma en todas partes, y yo, que vengo de lejos, la hermanamos con la tuya, encontrando iguales fantasmagoras.

Esa Blasa de tu cuadro, hermana es de las pladolas sirvientas de mi infancia, de las que por cierto alabo el primer escritor nativista de Costa Rica, Manuel María Zeledón ("Magon"), en la forma siguiente: "Yo soy acalancado, ya todas, sin excepción, fueron a recoger (Paua a la pág. 16)

CARTA A ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

Por Alfredo CARDONA PEÑA

Querido Antonio:
Te escribo "a lo mo de pluma", pues esta otra noche no he podido la inquietud de escribir, quedándose sin brazos. Así es que tendrás que soportar los garabatos de mi vergonzante caligrafía.

Te habrás adivinado que el motivo de esta carta es referirme a tu *Los días de Aguacalientes*, que me entregó Andrés Henestrosa y que he leído intensamente en dos noches. Pura no agotar la lectura tan así no más. A lo mejor, me he leído, que me es cosa de todos los días un sabor como éstos. Quiero decirte de una vez, y sin andarme por las ramas, el encanto y la impresión nobilísima que me ha ocasionado tu libro. Yo soy provinciano de piel adentro, tú lo sabes, y además, y modesta aparte, un buen insecto de alcoholitos emotivos. Así es que ya puedes suponer como han andado mis bridas de retronas por estas arboledas de tu prosa. Arboledas te digo, y me quedo corto: ellas me han dado música y silencio, armonía y nostalgia. Todo esto nostalgia. Tú hablas de "esos sabores elementales, sin aditivos, que nos producen una nostalgia torturada a los desterrados de provincia", y esos sabores —que van de la vianda al paisaje— me han torturado ahora en que he terminado la lectura de tu libro y quedo con los recuerdos humedecidos en silencio, como esos viejos filtros de piedra, obispos y cazaruchos, que todavía existen en algunas casitas perdidas.

Me nostalgia se parece a los gallos de victoria: quietos están si no hay "norte", pero en cuanto sopla algún eco distinguido, inquietan su silbata y marcan la dirección, muy sensible al travesar del cambio. Así, estas lecturas de *Los días de Aguacalientes* han venido a remover mi vieja, mi porosa, mi indeclinable nostalgia provinciana. Viento ha sido tu lectura, vien-

to bueno que me arranca las hojas enfermas y me deja las puras, todo en un complot de rumores sin fin, como esos conciertos del otoño en los bosques.

Pero no divaguemos, y hagamos orden. En primer lugar, debo destacar el aspecto físico del libro. Tú y Francisco Díaz de León sois un par de bandidos de la tipografía que no le da miedo a poner en la imprenta. Así lo impetuosa, así la perversidad para corregir, así el gusto, así todo lo que ponen al servicio del libro, que es el único material realmente auténtico del hombre sobre la tierra.



CONVIERTA SU COCINA EN UN RINCON BELLO Y AMABLE... I

Tor tanto, debemos optar por toda la vida esa condenada e de *crón*, que leo en la penúltima línea de la primera página del prólogo, y que no se pudo ajustar. ¡Un grano de errata en una toneladas de salubridad tipográfica!

Y luego esas capitales tan llenas de tradición y entendimiento del oficio, esas capitales que son como las flores que nuestras musas se aproximan a poner en la salvia. Hoy hay amenaza de vista mayor, ¡y el detalle de olvidar, con memoria, la numeración de las páginas que corresponden a finales y comienzos de capítulo, detalle que es como desgarrar un

MUEBLES
Metálicos
SeccionalesPRODUCTOS
DELHER
DE CALIDAD